

EDAD MODERNA

DISCURSO PRELIMINAR

*Dem Schnee dem Regen,
Dem Wind entgegen,
In Dampf der Klüfte,
Durch Nebeldüfte,
Immer zu, immer zu!
Ohne Rast und Ruh.*
GÖTTE

Contra lluvias y nieves,
Contra el furor del perpetuo viento.
Entre la niebla umbría
Sin tregua ni descanso un solo instante.
¡Adelante, adelante!

Cada vez que por la energía de su voluntad, unida al poder de su inteligencia, sobrepuja un hombre las proporciones ordinarias, y se aventura más allá de los límites comunes, el docto vulgo que ama la medianía, y no tolera sino aquello de que es capaz, exclama: *¡Imposible! es un visionario, un presuntuoso*; tal vez añadirá: *Es un loco, ó un charlatan*. Si asegurais que el diamante existe en una piedra en bruto, sereis silbado por aquellos que no tienen bastante voluntad y vigor para romperla, y descubrir el tesoro que contiene.

Si el hombre superior no sabe resistir á todo lo que tiene que sufrir, por razon de la sensibilidad que constituye la debilidad y el poder del genio, y en la cual encuentra su recompensa y expiacion, sucumbirá dudando de sí mismo y de su juicio, muy diferente del de los demás. Aquel que en tiempo de Luis XIV propuso hacer mover un barco por medio del vapor, atrajo sobre sí las burlas de los cortesanos, y de Ninon se volvió loco, y murió en un hospital. El Dominiquino estuvo á punto de cambiar la paleta por el cincel, para es-

capar á la critica de los burlones. Racine renunció al teatro por despecho, al ver se le preferia al insipido Pradon. Newton, cansado de las contrariedades que se le suscitaban, exclamó: «No quiero ocuparme ya de filosofia; imprudencia fué abandonar el inestimable tesoro de mi tranquilidad para correr tras una sombra.» Pergolesi murió á los treinta y tres años bajo la denigrante tenacidad de los que le proclamaron divino, el siguiente dia de sus funerales.

Pero la paciencia no constituye el genio, es una de sus primeras cualidades: sabé que toda grande obra es una lucha, una educacion, una lid. Léjos de declinar las dificultades, las hace frente: se resigna á la envidia, al insulto, y lo que es peor aun, á la indiferencia de sus contemporáneos. Soporta los flechazos, y las picaduras de alfiler más penosos aun. Se mejora con la contradiccion, así como el turibulo aumenta sus espirales de humo á medida que se le agita, y triunfa una por una de las enemistades, envidias y rivalidades. Desprecia los que le desprecian, desafia los odios que desena-

denan contra él, el poder ó la preocupacion, y prosigue aislado su camino en el cual él que sucumbe es pronto olvidado ó entregado á la bafa. Pero, si con aquel valor que trasforma las contrariedades en problemas, llega al fin que se propuso, si triunfando de los obstáculos que el vulgo siquiera sospecha, consigue fatigosamente su objeto, entonces algunos se apresuran á tributarle una tardía justicia, no sólo con el objeto de poder alabarse de haber sido de los primeros en reconocer un mérito probado ya, sino tambien porque es mejor hacerse el protector de aquellos que no se pueden pisotear. Pretendidos amigos le conceden una inactiva aprobacion, que se asemeja á la compasion; muchos por orden de otros, ó por adularles, ó bien por demostrar que no principiaron en vano sus ultrajes, repiten con voz hostil: «¡Hermosa maravilla! Cualquiera haria otro tanto. No hay más que pensar y ver. Esto se ha hecho antes que él; no ha tenido más que imitar y aprovecharse del ejemplo de otros.»

Estas gentes ignoran ó más bien fingen ignorar, que la eficacia del genio consiste en *saber querer*, y que la *imitacion* no depende de la reunion de circunstancias de los detalles tan pronto fortuitas como inevitables, sino de la de los principios, al poner en accion los métodos y la esencia de los sistemas. Dedicarse á una idea, hasta el punto de sacrificarle afecciones, honores y existencia; procurar conseguir un objeto nuevo por antiguos caminos, ú otro conocido por medios que aun no se han empleado, es el privilegio de los grandes hombres. Hiram proporcionó los cedros; David preparó el bronce y el oro; pero Salomon tuvo la idea y la perseverancia, y por esto el templo llevó su nombre.

Llega, en fin, un tercer período después de la burla del primer momento, y de las alabanzas de los preconizadores: éste es aquel en que la empresa de aquel talento selecto, su descubrimiento ó su nueva idea han entrado en el conjunto de los conocimientos generales, y todos sacan provecho de él. Por atroces que hayan sido los trabajos, á cuyo precio ha comprado estos resultados, por más que vea desconocido su mérito, como ha contribuido á él sin formarse ilusiones, sin aguardar el reconocimiento, se considera ampliamente remunerado, porque no ha sido madurado ni por la idea de conquistar á sus contemporáneos, género cuya reparticion es siempre más ó menos injusta, ni por la esperanza de la gloria, sueño de niños, sino por la necesidad de descubrir y manifestar la verdad, y el deseo de estenderla en ventaja de sus hermanos.

Tales son los pensamientos que ocurren cuando se medita sobre aquel grande hombre con el cual saliendo de la época más tumultuosa y menos inteligible, entramos en la edad moderna. Otros habían sostenido ya la posibilidad de ir á las Indias por un camino opuesto á aquel que se seguía entonces; pero sólo Colon tuvo la constancia de en-

contrarle, y convertir en una realidad lo que no era más que una idea. Se ve precisado á sufrir la negativa de los poderosos, la ignorancia de los doctos, los desdenes del orgullo, las mezquindades de la avaricia, las perfidias de sus rivales, la indiferencia de los que, incapaces de obrar, están siempre dispuestos á condenar á los que obran. Desciendo Colon á discutir en persona con los que se abrogan el privilegio de sancionar la verdad: recurre al sentimiento para persuadir á un fraile y á una reina. Cita á los unos á Aristóteles, á los otros los santos padres; habla á unos de cálculos matemáticos, á otros de inmensas riquezas, y en fin, á otros de los intereses de la religion. Sigue mil caminos diferentes para llegar al mismo objeto con el heroismo de la paciencia: la paciencia, que tambien es una clase de valor. *¿Por que, se le habrá objetado, no atenerse á lo que se ha hecho? ¿Es de creer que un genovés adelante á los griegos y fenicios?* Se le tratará tambien de bajo, porque llamaba á las puertas del palacio ó de los conventos, sin calcular cuánto valor se necesita para inmolar todo el amor propio que se posee por el triunfo de la verdad.

Todos los días se repite que teniendo el genio vida propia, no necesita del galvanismo de la alabanza y de la popularidad; que las contrariedades no producen dilacion en las grandes empresas. Aun cuando esto fuera cierto, aun cuando no supiéramos que Kant permaneció ignorado hasta que fué proclamado por los periódicos, y que Vico en vano adelantó la ciencia en un siglo, porque no tuvo preconizadores, las fuerzas que el genio ha consumido en vencer laboriosamente los obstáculos, le impiden intentar nuevas empresas, ó sacar todo el fruto posible de la que ha conducido á buen fin. ¿Qué no hubiese hecho Cristóbal Colon en los catorce años que empleó penosamente en inspirar confianza en sus proyectos?

En fin, los reyes le ayudan porque se prometen crecidas ganancias. Un simple particular le da ayuda, pero con el pensamiento de participar de su gloria; hasta su misma tripulacion no le obedece sino á condicion de verle obrar á su antojo. Se embarca con tan insuficientes recursos que raya ya en la temeridad y en la locura; anda errante á merced de los vientos desconocidos; le es preciso engañar á sus compañeros con ayuda de falsas indicaciones; todo se parece en medio de aquel Océano sin límites, donde va buscando una costa cuya posicion ignora. Todo parece unirse para desterrar sus esperanzas; y no obstante, su confianza adquiere nueva energia con el vasto proyecto de reunir á los hombres en una misma fe y en una misma civilizacion.

En fin, se oye resonar aquel grito tanto tiempo esperado: *¡tierra, tierra!* Es adorado por los suyos como un dios, porque ha conseguido su objeto. Cree haber descubierto las Indias: es un error, pero en su camino ha descubierto un nuevo mundo. Vencer, conseguir el fin, ver las fatigas de toda

su vida coronadas de éxito, y dar tantas más gracias á Dios cuanto menos ha sido la asistencia de los hombres, son goces inefables, cuya existencia nadie puede revelar. ¿Pero qué es lo que debe aguardar entonces el grande hombre? La ingratitud.

El piloto que le ha proporcionado un barco, trata de arrebatárle la gloria que ha conquistado. Los reyes evitan con cavilidades el cumplirle las promesas que le han prodigado locamente. Los espíritus fuertes se mofan de él porque ha buscado en vano en el cielo la esperanza que el mundo le negaba. Sus rivales se dedican á rebajarlo, engrandeciéndolo al lado suyo á un hombre mediano, designando su descubrimiento bajo el nombre de otro. Los unos le tachan de vanidad, porque busca títulos que aseguran tantos derechos á los que los deben al acaso; otros le acusan de avaricia, porque hace caso del oro que necesita para intentar nuevas empresas; otros más de crueldad, porque sus sucesores asesinan las poblaciones que da á conocer. Muere Colon, y quiere que se coloquen en su sepulcro las cadenas con que volvió del Nuevo Mundo; porque nada enorgullece tanto como el martirio sufrido por una causa cuyo triunfo es inevitable.

Cuando ya no tiene que temer la envidia que encuentre otro mundo, confiesa la grandeza del héroe que ya no existe, y se da por dispensador de la equitativa gloria (1). Llega hasta la exageracion, para rebajar á aquellos que aspiran á nuevas y atrevidas empresas.

Colon es el primer gran inventor que pertenece verdaderamente á la historia. La antigüedad, que colocó en la categoria de los astros, el barco que intentó la navegacion de Grecia á Cólquida, y la lira con que se cantó aquella expedicion, hubiera convertido á Colon en un semidios; la Edad Media hubiera visto en su descubrimiento la intervencion del diablo, como la vió en la de la imprenta y la pólvora. En aquella época, él mismo es el que se nos presenta, con sus luchas, su poca seguridad, su desanimacion momentánea, su perseverancia final y sublimes errores; éste es Colon, es el hombre.

Diferencia entre la historia antigua y la moderna.—Esta es ya una inmensa diferencia entre la historia antigua y moderna. La primera nos muestra, en efecto, á los héroes, y la otra á los hombres; aquella personifica la muchedumbre en un individuo, ésta la descompone en sus elementos; la una pone en escena la sublimidad del individuo, la otra el poder de la humanidad. Ahora bien, nos agrada encontrar en las vicisitudes de Colon la de la misma humanidad, cuya historia seria tan interesante, aun cuando no fuera más que un espectá-

culo. Como él, mientras que los mortales están ocupados cada uno en particular, la humanidad madura sus conquistas con la ayuda de la fuerza de todos. Se lanza á ellas con los recursos que le parecen menos efectivos, lo cual no le impide triunfar; es castigado por sus triunfos, pero se forma con ellos un escalon para conseguir nuevos adelantos.

En esta cooperacion de todas las generaciones, ¿qué es el hombre? el término medio de una proporcion, necesaria entre los antecedentes y los consecuentes; el resultado de las circunstancias. Una bala hiere á Gustavo Adolfo en Lützen; y la guerra de los Treinta años cambia de aspecto; un gusano traído de las Indias, en la madera de un barco, roe los puntales sobre los cuales está construida Amsterdam, y poco falta para que se desvanezcan las amenazas de aquella rival de Luis XIV, de aquella reina de Oriente.

Hasta el grande hombre, cualquiera que sea su nombre ó fortuna, no es más que la manifestacion de una necesidad social, nacida inevitablemente, como el día que sucede al anterior. En vano los escandinavos descubren la Carolina en el año 1000. Si Colon hubiera perecido en la travesía, ya Cabral se habia dado á la vela, y cualquier accidente le hubiera hecho arribar al Brasil. La voz de Arnaldo de Brescia y de Huss es sofocada, pero si Lutero sucumbe, Zuinglio ha hablado ya. Si San Simon parece combatiendo en la guerra de la independencia americana, Owen y Fourier habian ya nacido para proclamar utopias, de las cuales alguna no es tal vez más que una proposicion precoz, que con el tiempo llegará á ser un lugar comun.

Fatalismo.—Hay personas que contemplando al hombre bajo este único aspecto, nos le ofrecen como instrumento accidental de la fatalidad, y que afirmando que todo lo que fué debia ser, cuentan la vida del individuo y de las naciones con una tranquilidad de hierro que todo lo esplica, y de nada se conmueve. O que proclamando la teodicea de la historia, no ven en ella más que la accion inmediata de la voluntad suprema, hasta el punto de negar el poder del hombre (2).

Sin embargo, yo siento en mí una fuerza superior al torbellino que me arrastra; y llamo cobarde á aquel que no resiste á sus malos impulsos, héroe al que sabe lidiar contra los demás y contra sí mismo, hablar y callarse á tiempo; veo que admi-

(2) Además de su *Discurso sobre la historia universal*, Bossuet dice en la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra: «Cuando Dios ha elegido á alguno para instrumento de sus designios, nada detiene su curso; encadena, ciega ó avasalla todo lo que es capaz de resistencia.» El mismo autor dice que Enriqueta estudiaba los deberes de aquellos cuyas vidas componen la historia.

Para él la historia es «la sabia consejera de los príncipes» (pero cuántos de ellos la leen?)

(1) *Virtutem incolumen odimus*

Sublatam ex oculis querimus invidi

HORACIO.

ramos más allá de la tumba á aquel que ha salido de la multitud, convirtiendo en hechos lo que no era más que deseos en los demás, cumpliendo ó previniendo las esperanzas de su época. Si no fuese así, ¿podría yo contemplar sin proferir blasfemias aquel eterno espectáculo de prosperidad para el intriguante y el fuerte, y de desgracias para el débil y el virtuoso? ¿aquella vida de placeres que gozan los malvados, mientras gimen los buenos en la opresión? ¿podría ver sin indignación á los más virtuosos deslumbrados por los triunfos de la iniquidad, y que ni las lágrimas, ni los gemidos consuelen al justo que perece ó á las naciones que quedan sin venganza? La historia no sabría, sin faltar, sustraerse á este comun sentimiento, si desecha el libre albedrío, abdica el derecho de juzgar los acontecimientos, se convierte en un ramo de las ciencias naturales, como cuando se describen las inundaciones del Po ó las erupciones del Vesubio. La casualidad no hace nada grande ni seguido. Aceptad la fatalidad, negad la fe á la eficacia del brazo y de la voluntad, recusad la excepción de las obras maestras, y no tendréis más que hombres holgazanes y naciones pusilánimes. Pero la misión de la historia es enteramente otra: ejerce el sacerdocio de la verdad y las inspiraciones generosas.

Filosofía de la historia.—La historia sobrepaja igualmente su objeto cuando no hace más que registrar los acontecimientos y los refiere á reglas establecidas de antemano; cuando los encadena invisiblemente, ó imita á Hume, que destruía toda relación entre los fenómenos de la naturaleza; cuando pretende que el hombre lo puede todo, y cuando quiere que no pueda nada. ¡Oh! no: las generaciones se transmiten algunas obras lentas que concluyen sin prevision, pero con conexión; que no son designios, sino necesidad ó más bien pensamientos de la Providencia que el pueblo efectúa. La libertad de que el hombre cree gozar, y que es la única que le hace digno de castigo y de recompensa, no es una ilusión digna de burla; pero la Providencia le ha dicho: *Llegarás hasta aquí*. Todos los días dirige el labrador votos por la vuelta del sol, y el sol vuelve. ¿Pero es el hombre el que le hace aparecer? Nuestra voluntad influye sobre las funciones vitales que continúan ejerciendo durante el sueño, tiempo de los misterios más maravillosos.

Reunid todos los elementos del mundo moral, y habéis hecho la historia de la Providencia; y así como se demuestra al Criador con el mandamiento de la Creación, las obras del hombre demuestran el dios que las dirige. El primer exámen no excluye las causas inmediatas, y el segundo no desecha la voluntad humana libre y eficaz.

¿Pero quién determinará los límites de la competencia divina y los de la humana? ¿Quién deducirá de los hechos de la Providencia, las doctrinas del hombre, ó de los fenómenos de este mundo la explicación del otro?

Tal es el objeto á que se dirige la filosofía de la historia. ¿Pero lo ha conseguido? Nuestro siglo se ha complacido en sistemas, ideales en su modo de proceder, absolutos en sus principios, arbitrarios en la explicación, en lugar de subordinar las concepciones científicas á los acontecimientos, de los que no deben más que manifestar su verdadera conexión. Así como la física ha reducido los siete colores á tres, que se encuentran todos en el blanco, del mismo modo se ha pretendido encontrar en la marcha de la especie humana, una sencillez que no tenemos ningún motivo para reconocer. En los países que piensan, cada profesor improvisa un método el primer año de su curso; es adoptado en los países que imitan con las aclamaciones de los que trafican con la ciencia. Sistemas nebulosos, en que cada uno toma por erudición sus propias imaginaciones, donde se sacrifica la claridad de la inteligencia en el altar simbólico y trascendental, y sin reflexionar que su vaga y misteriosa oscuridad no puede dar ninguna explicación efectiva al conjunto de los fenómenos. En efecto, no es ver la realidad el abarcar una grande extensión; pero aficionada nuestra época á grandes palabras, á fórmulas y principios absolutos, abraza voluntariamente estas teorías *à priori*, que tan fácil es inventarlas como trocarse en humo, y que revelan el poder de algunos talentos y la ignorante presunción de otros muchos, que eternizan las discusiones sin adelantar un paso en la solución buscada.

¿Quién ha podido, en efecto, deducir con certeza las revoluciones futuras de la reproducción de ciertos hechos y de su encadenamiento? El séptimo sello está puesto sobre las causas segundas del orden moral; la experiencia, la observación no podrían penetrar en él, sobre todo por la razón de que las circunstancias exteriores de un pequeño número de acontecimientos que se nos han transmitido, es todo lo que conocemos, sin determinar las causas ni las consecuencias íntimas. La filosofía de la historia, es decir, la inteligencia de la marcha admirable con que procede, consiste menos en sus acontecimientos que en sus principios determinantes. Pero ella misma encadenará su impulso, si inmola los hechos á doctrinas absolutas, en lugar de deducir en su completo conjunto las conclusiones que resulten de él; si no se humilla ante el más intrincado de los problemas, la permisión del mal y los misterios de la vida del hombre y del mundo, donde sólo el medio está ilustrado, al paso que el principio y el fin están envueltos en las tinieblas, si no tiene para guiarse en este laberinto un triple hilo, para saber las miras ocultas de la Providencia, el libre albedrío del hombre y la bondad de Dios que rescata la humanidad. Será verdaderamente la filosofía, cuando absteniéndose igualmente de poner el hombre en el altar y de aniquilarle, busque sólo explicarle, enseñar de dónde procede, á donde va, porque se muestra tan sublime y tan desgraciado, abismo de

magnificencia y de miseria, de crimen y generosidad.

Todas las páginas de esta obra dicen donde debe buscarse la solución final de tan grande problema. Los palinbios ó progresos sistemáticos nos parecen temerarios; y hay presunción, según nosotros, en creer que el hombre, cualquiera que sea su inteligencia y su poder, es capaz de dirigir á su antojo el orden de las cosas; así como nos parecería cobarde y bajo decir, que está precisado á sufrirlo inevitablemente. La marcha general de la humanidad, ó por mejor decir, la Providencia, guía las renovaciones prodigiosas que se operan en este mundo, y hace salir el bien del mal. Pero Dios es paciente porque es eterno, al paso que el hombre, que conoce su fugitiva duración, quisiera que todo se cumpliera en aquel rápido instante en que llega para sufrir, expiar, mejorar y morir. De esta manera desearía el astrónomo que se acelerase el curso de Urano, para que reproduciéndose en sus fenómenos pudiesen confirmar la verdad de su cálculo. Sólo el ignorante cree que un cometa es accidental, pero que no vuelve todos los años; la verdadera vida descansa en la voluntad de Dios sobre las criaturas, y de la humanidad colectiva sobre cada hombre individualmente, en la unión de la materia con el espíritu, del yo con el mundo exterior; por esto es por lo que Pascal decía que «todas las partes del mundo están encadenadas de tal suerte, que es imposible conocer una de ellas sin las demás y sin el todo.» Elevándose la inteligencia con la humildad, sabe observar con confianza y respeto las leyes divinas; puede mucho, porque conoce lo que no puede; y en lugar de disipar sus fuerzas con obstáculos insuperables, las concentra en los justos límites, y se hace también el auxiliar de la Providencia.

El grande hombre no es, pues, el producto de la casualidad; no hay fatalidad en el poder de su pensamiento, en la eficacia de los medios que emplea, ninguna ciega necesidad en su éxito, nada de arbitrario en las facultades de que está dotado. El genio no adivina, no crea, estudia, lucha, se esfuerza, se obstina para llegar á lo mejor: si lo consigue, el vulgo, al que no presenta más que los resultados, los atribuye á una inspiración, á una gracia particular, forma de él un sér de una especie diferente, como si fuera preciso haber nacido de otra clase que los tejedores comunes para llegar á ser un Harkwright ó Jacquard.

«La naturaleza y sus leyes yacían en las tinieblas: Dios dijo: Que exista Newton, y existió la luz.» De esta manera se expresa el poeta; pero sabemos que Leibnitz, Wren y otros habían precedido al gran filósofo inglés; sabemos que la geometría necesitaba su cabeza, así como la espada de Escanderbeg no era temible más que en su mano. Sabemos que todo lo que se ha descubierto es una oportunidad, confundida á veces por el vulgo con la fatalidad; sabemos que no se podrían

determinar las perturbaciones en la astronomía, si las principales gravitaciones no se hubiesen valuado primero. Detrás de todo grande hombre, hay generaciones olvidadas, cuyo trabajo se aprovecha, como hizo Homero con las rapsodias, y Dante con las leyendas; de esta manera es cómo las plantas se nutren con los restos con que la tierra se ha abonado. El hombre de genio no es en fin más que un hombre; y la contemplación de sus esfuerzos, los obstáculos á que se ha sobrepuesto, las contradicciones que ha vencido, serán siempre el mejor espectáculo para hacernos sentir nuestra dignidad. ¿Pero puede la paloma medir el vuelo del águila, y el hombre con su débil vista no dice que la reina de las aves se remonta hasta la región del sol, cuando apenas alcanza á la de las nubes?

Paralelo entre la antigüedad y los tiempos modernos.—Si no nos engañamos, el carácter de la historia antigua consiste precisamente en observar más bien al hombre que á la raza humana. Aturdida por los esfuerzos anormales más que atenta al proceder tranquilo y persistente, hace guerrear á los héroes, representa las facciones en los corifeos, hace depender la felicidad ó desgracia de una nación, de un sabio irreprochable, de un tirano odioso. La tierra permanece muda en el momento en que desaparece el grande hombre que la llenaba, pero pronto ocupa otro su lugar. De aquí procede una admirable sencillez de dibujo, puesto que toda determinación y todo hecho parte de la voluntad reflexiva ó del impulso de un héroe, y la obra del pueblo parece la de un personaje; y Graco, Mario, Pompeyo representan la plebe que levanta la cabeza, ó la aristocracia derrocada.

Al paso que las sociedades antiguas están constituidas á intento, las modernas surgen de los elementos en lucha mezclados accidentalmente. Allí vemos legislaciones inmutables y juradas; aquí modificaciones incesantes y de progresos; en unas partes, fusión en un carácter general; en otras, efervescencia de los principios heterogéneos; de lo que resulta que el Estado, la Iglesia y la opinión arrastran cada uno á sí un fragmento de la verdad y de la razón. Nuestros gobiernos templados permiten un campo más vasto al pensamiento y á la variedad de los hombres y de sus oposiciones: tan pronto una parte como la totalidad de una nación quieren participar del gobierno; los príncipes encuentran resistencia, primero indeterminada, después compacta; los intereses se aumentan, los sentimientos permanecen en lucha, y el letrado y el filósofo adquieren tanto ó más poder que un rey. La ola que crece é inunda la ribera, ó arroja enormes barcos, es mucho más poética que cuando tranquila en los canales, mueve molinos ó riega prados. Por esto es por lo que el período antiguo, escena continua de tempestuosas revoluciones y de extraordinarios acontecimientos, en que figuran hombres envueltos en los artísticos pliegues de la toga, se presenta á nosotros bajo un aspecto más grandioso; pero al paso que las glorias de la anti-

güedad aparecen aisladas sobre un fondo iluminado con una luz incierta, uniéndose las glorias de los tiempos modernos á las del pasado, se muestran á toda luz, y se reflejan sobre todo el género humano.

No creemos que existiesen antiguamente menos pasiones en el corazón de los hombres; pero sólo un pequeño número de ellos se ocupaba de las cosas públicas, y pocos escribían de ellas, y aun estos últimos no han llegado todos hasta nosotros. Como consecuencia de esto, y por falta de contradicción, ciertos juicios están aun admitidos, como por ejemplo, que Dionisio y Tiberio fueron tiranos, que Tito fué clemente, y Marco Aurelio filósofo. Entre los monstruos que no tenga quien le ensalce. El duque de Valentinois (César Borgia) es virtuoso segun opinion de Maquiavelo; Enrique VIII é Isabel están colocados en el cielo por los reformados, en el infierno por los católicos; lo contrario sucede á Maria Estuardo y á Felipe II. Luis XIV es enteramente otro para la Francia que para la Holanda y la Alemania; y aun ahora mismo tributamos honores á nombres sangrientos que la humanidad pronuncia temblando. En efecto, sin tener en cuenta la adulacion, habiéndose aumentado la lucha de los partidos, ó al menos los elementos que la producen, todo es de una naturaleza mixta, y el derecho y la razon difícilmente se encuentran en una misma parte; motivos dignos de condena, cuando se les considera aisladamente, adquieren un aspecto de justicia colocados en su tiempo y en su lugar propio. En medio de tantos movimientos simultáneos de descomposicion y recomposicion, opuestos aunque convergentes, muchos hombres no distinguen los elementos que sucumben de los que fructifican, y acusan una época de lo que le ha dejado la anterior; porque á las ideas batidas en brecha sobreviven las costumbres; y aunque verificada la revolucion intelectual, la social no hace más que comenzar. Además, el espíritu de contradicción natural á los sábios, tan activo como sutil, se mezcla en todo, y se complace en destronar las glorias adquiridas, al mismo tiempo que la muchedumbre ciega y presuntuosa acepta las opiniones que reúnen hermosura y coordinacion. No pudiendo abarcar los trabajos de la inteligencia todas las partes de un campo, que cada vez se hace más extenso, se asemeja en el día á los círculos que forma el agua movida por un cuerpo extraño, y que están menos determinados á medida que se estienden. Por esto es por lo que la alabanza y el vituperio clásicamente prodigados, se encuentran fácilmente contradichos por observaciones en sentido opuesto, y á veces que se elevan para decir: *Esto no es verdad*, para atribuir á la marcha natural de las ideas y de las cosas lo que parecería prevision política para derrocar al héroe de su resplandeciente trono, y arrojarle á la clase de los demás mortales.

Nos encontramos, pues, en aquella *comedia*, en

que Dante supo tan bien interpretar la divinidad. La tragedia nos ha enseñado á admirar la dignidad y el heroísmo de las razas nobles; la historia, á no comprender la gloria sino personificada, á figurarnos mejor á Hércules vencedor del leon de Nemea que á la civilizacion, arrojando á los monstruos de comarca en comarca. ¿No conocéis la escuela en esta animacion, en este entusiasmo por el individuo más bien que por las masas; por lo que se verifica en un día, mejor que por la obra de los siglos, y en este deseo de reducir la historia á un drama con unidad de accion y de protagonistas.

Tal era la historia antigua; por esto es por lo que era mejor conocida. El asunto es uno: no se encuentra en ella más que un actor ó son pocos; no se observa más que un centro de interés, un sentimiento único, el del pequeño número de oligarquias que dominan á una generacion esclava y se destacan de la desordenada multitud. En el día toda la nacion tiene vida propia, y si hay alguna que domine sobre las demás, es una casualidad, una escepcion violenta; pero entre las naciones antiguas, era preciso reinar ó sucumbir; y la historia sólo se ocupaba de la que vencía. El escritor moderno se encuentra precisado desde los primeros pasos como á desmontar el campo que debe recorrer, á discutir los orígenes, que ya no se remontan á los semi-dioses, sino á los bárbaros, á diseminar su atencion sobre infinidad de elementos, á refutar las opiniones opuestas sobre cada acontecimiento, dirigirse por medio del análisis filosófico al través de tantas causas completas y remotas, con una insistencia científica que daña al interés dramático. Debe, además, ocuparse de estadística, en atencion á que las rentas son el nervio de los Estados, cuando de todos modos no se trata sólo de proporcionar dinero á los gobiernos, sino de crear la riqueza nacional, y conseguir una equitativa distribucion, y una circulacion rápida de la riqueza pública.

El imperio de la voluntad se revela más entre los antiguos, al paso que la complicacion moderna apenas deja discernir al hombre entre los innumerables instrumentos. En aquéllos un choque instantáneo, en éstos la indagacion del orden que consigue la fusion, sacado de la filantropia, y que no deslumbra tanto como los trastornos y las ruinas. Resulta de ello, que los antiguos narradores se asemejan en todo, y que los modernos presentan tantos géneros como diferentes puntos de vista poseen. Los unos se adhieren únicamente á los fenómenos, los otros á las causas de una manera abstracta; éstos se ocupan del gobierno, aquéllos de los genéricos y sin nombre, otros creen no deber descuidar el menor detalle; los hay que ven en todas partes la mezcla de las razas y la guerra, y otros los efectos del comercio ó los progresos de la religion.

Diversidad de historiadores.—No es natural que los historiadores de la antigüedad, al verse ora-

dores y artistas, y agraden mucho más que los historiadores modernos, obligados á ser políticos y economistas? Después de haber estudiado en ellos los tiempos que marcan, estos tiempos nos parecen radiantes, hasta el punto de que muchos de nosotros los echan de menos, como ofreciendo á la humanidad lo mejor que podría desear; y los filósofos, como Maquiavelo, Rousseau, y Mably, han querido aplicar á los modernos los dogmas de las antiguas repúblicas, proponiéndoselas por modelo. Pero sin indagar si los tiempos antiguos fueron más felices que los modernos, estos autores no conocieron lo que los hacía diferentes de los nuestros, y los juzgaron con la idea que no les pertenecía. Entonces pequeños pueblos (no hablamos de los del Asia, cuyos imperios no han encontrado serios apologistas) vivían de los latrocinios que ejercían unos contra otros, considerando su grandeza en la ruina de su vecino, reduciendo á esclavitud á los prisioneros y colonos de los vencidos, con el objeto de que los ciudadanos pudiesen pasear su ociosidad por las basílicas ó por el foro, pronunciar sentencias y traficar con sus votos. Algunos con el objeto de enriquecerse, se sujetaban á privaciones claustrales, al paso que preferimos en el día multiplicar los medios de satisfacer las necesidades del pueblo, y en lugar de disminuir las cargas que pesan sobre él, preferimos ponerlo en estado de satisfacerlas con facilidad.

Importancia de la industria.—Lo que se debe deplorar en los antiguos que han tratado de economia política, son más bien máximas dignas de lástima, que las aplicaciones prácticas de que se han seguido. Ninguno de ellos se remonta á las verdaderas fuentes de la riqueza nacional, y no se ocupa de lo que hace vivir á las sociedades; aun cuando el buen sentido los conduzca por la senda de las verdades útiles, no saben ni coordinarlas, ni ponerlas en evidencia. ¿Qué hacer, decía Jenofonte, de hombres sujetos todo el día al oficio de tejer, cuyos productos enervan á los consumidores y hacen malgastar el dinero? Aristóteles aprueba lo que él llama la *produccion natural*, es decir, que se consuma lo que se ha procurado por la agricultura, por la caza, por la pesca, y por las *artes útiles*; pero no la *produccion artificial*; es decir, que no admite que se venda, en atencion á que no se trata por esto más que de ganar dinero; aun admite menos el que se deba especular y prestar operaciones que cree contrarias á la naturaleza: ¿Como si fuera posible producir sin capitales, ó tener capitales sin reunirlos! Platon instala su república imaginaria lejos del mar, es decir, lejos del mejor vehículo del comercio, procesa al ciudadano que se envilece entregándose al negocio. *No conviene*, declara Ciceron, *que el pueblo dominador de la tierra sea comercial; y no se pueden realizar beneficios traficando sino por la mentira y el fraude.*

Nosotros que hemos salido del taller ó de la tienda, ¿qué simpatia podemos tener hacia una so-

ciudad que nos condenaba á la infamia? Si el ciudadano no puede, pues, producir, le será preciso vivir de limosna, y el Estado no podrá sostenerle sino con el pillaje. En efecto, Roma sacrifica perfectamente lo útil á lo grande; y por una inversion del orden, quiere consumir sin producir, enriquecerse sin trabajar, es decir, apoderándose de los bienes y de la libertad ajena. Donde falta la industria, la sociedad es imposible sin gran multitud de esclavos; la igualdad es una quimera, y la libertad una mentira. Por esto es por lo que las personas ociosas y el esclavo forman el carácter de la sociedad antigua, así como la tendencia continua á la emancipacion es el de la nuestra. Para los antiguos, la economia política es la conquista, para nosotros, es la libertad del trabajo y el empleo del crédito. Uno de sus filósofos llamó el más hermoso de los espectáculos, á aquel en que el hombre soporta con firmeza el dolor y la adversidad. Los antiguos héroes se muestran en efecto en la actitud de hombres que desafían á la fortuna; en lugar de la dignidad pasiva, se exige á los héroes modernos que luchan con energia contra la naturaleza indomable y las pasiones subversivas.

En el siglo pasado, cuando la industria era en la opinion una cosa innoble, los enciclopedistas aguzaron su ingenio para convertirla en honrosa hasta el punto de confundirla con las bellas artes, y Diderot exclamaba: *Tributemos, en fin, tributos á los artesanos lo que les es debido; las artes liberales se han cantado bastante á sí mismas; empleen lo que les queda de voz en celebrar las artes mecánicas.* En el día, las clasificamos aparte, porque la rehabilitacion se ha cumplido: la ciencia presta ayuda á las manufacturas, el artista anima con su inteligencia los trabajos del artesano, y estamos convencidos de que el mejor medio de sostener la dignidad del hombre es ponerle al abrigo de la necesidad; porque la más segura garantia de la libertad es la mayor suma posible de independencia personal entre los ciudadanos, y el acrecentamiento de esta independencia, á medida que los beneficios del trabajo se encuentran mejor repartidos. ¿Era esto posible en los gobiernos en que un pequeño número de hombres libres mandaba innumerables esclavos, donde poblaciones enteras trabajaban en provecho de algunos privilegiados? (3).

(3) El elocuente é impetuoso sofístico girondino Vergniaud pintó muy bien estos inconvenientes en la asamblea Constituyente. Hé aquí sus palabras: «¿Queréis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso sed consecuentes como Licurgo; dividid como él las tierras entre todos los ciudadanos; proscribid para siempre los metales que la avaricia de los hombres arrancó de las entrañas de la tierra; quemad tambien los asignados, cuyo lujo podría ayudar, y que la lucha sea el trabajo de todos los franceses. Sofocad su industria; no pongais en sus manos más que la sierra y el hacha; marcad con la infamia el ejercicio de todos los oficios útiles; des-

Por lo demás, los medios propios para desarrollar la industria hubieran faltado en una época en que la geografía, la física y la química, se limitaban á tan restringidas nociones; cuando la division del trabajo y de las profesiones no era conocida; cuando las tierras, los capitales y los trabajadores pertenecian á un mismo individuo. Por esta razon la economía se limitaba á administrar bien el patrimonio doméstico y el público; por lo demás las propiedades estaban garantidas, no por un interés mútuo, sino solo por el predominio de su nacion sobre las demás. Perteneciendo todo á los vencedores, era preciso conseguirlo á cada momento con las armas; y tanto la economía privada, como la pública, se apoyaban en el inmoral poder de la espada.

Aristocracia antigua y democracia moderna.— Existe, pues, la misma diferencia entre las sociedades antiguas y modernas que entre las aristocracias y democracias, es decir, la disparidad ó la igualdad ante la ley. Entre los antiguos vemos apariencias de lujo, concordia, fuerza, voluntades más unánimes, y por consecuencia más eficaces, más firmeza en los peligros y generosidad en los sacrificios, más reflexion para obrar, más constancia en conservar. Entre los modernos, más discusiones, más diferencias, más inquietud de lo presente, más gusto á los cambios, aun cuando no sean una mejora. Entre los primeros, particulares estremadamente poderosos aniquilaban la autoridad social; entre los segundos, los hombres están nivelados, y el poder público se estiende siempre más vigoroso sobre la cabeza de todos. En aquellos la idea del respeto con respecto á los privilegiados es exagerado; en éstos, el interés individual cede al del interés comun, porque está comprendido en él. Allá las fuerzas son anormales, aquí uniformes; de donde resulta que la independenciam y la originalidad se confunden en una fisonomia comun. Todo hombre aprecia á su patria y á sí mismo; adquiere facilidad en la conversacion porque no se cree despreciado por los demás no despreciándolos él; ama el bienestar material, porque nadie puede imponerle privaciones inútiles á su mejora física y moral; hácia este bienestar es al que dirige constantemente su talento y sus fuerzas particulares, sin aguardarle de los gobiernos ó de los grandes. El hombre aparece siempre en el lugar del héroe; y hasta en las más locas tentativas de las facciones, se distingue la dignidad que le impulsa á elegir una causa, y á servirla por conviccion. De aquí procede el desarrollo del talento, que opone la autoridad de la ra-

honrad las artes, y sobre todo la agricultura; que los hombres, á los cuales habeis concedido el título de ciudadanos, no paguen impuestos; que otros, á los cuales negareis este título, sean tributarios y provean á vuestros gastos. Tened extranjeros para hacer vuestro comercio, ilotas para cultivar vuestras tierras, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos, etc., etc.

zon al imperio de la autoridad; de aquí el sentido comun que predomina, y que le hacia decir á Talleyrand: «Hay alguno que tiene más talento que Luis XIV, más que la Asamblea constituyente, más que Napoleon: este es el público.» En una palabra entre los antiguos hay grandes hombres; entre nosotros hombres que hacen grandes cosas.

La existencia de la patria consistia entonces únicamente en las hazañas militares; cesaba cuando no era vencedora. De aquí la necesidad de destruir para no ser destruidos, hasta que agotadas las fuerzas, el pueblo quedaba esclavo de alguno de éstos ó de algun déspota. El germen necesario de la destruccion no se encuentra en las raices de las sociedades modernas, que fundadas sobre el interés de cada nacion y de cada particular, concluirán por buscar, no el empobrecimiento, sino la prosperidad de los Estados vecinos, y su propia ventaja en la de todos.

Estaba en la naturaleza de esta sociedad que un solo hombre conservase, no sólo el poder puramente material aplicado á los actos, sino tambien el moral destinado á vigilar los pensamientos, las inclinaciones y las creencias. No era posible separar á uno de otro, en atencion á su comun origen y á la obligacion de restringir la política á una ciudad principal, aun cuando habia sometido á la mitad del mundo. No hacia distinciones en los hechos, ni aun en las utopias, entre la direccion de las opiniones y de los actos; y hasta cuando se proponia entregar el gobierno en manos de los filósofos, esperaba una autoridad absoluta. Como consecuencia de esta confusion de poderes, la moral permanecia subordinada á la política; y como ésta es esencialmente guerrera, no dirigia la educacion sino para la guerra, abandonando la parte moral á los cuidados privados de los filósofos, ó á la impresion de los espectáculos. Por lo demás, los magistrados intervenian en todos los detalles de la vida. La legislacion disponia enteramente del hombre y de sus acciones, hasta en su vida privada, penetrando en el sagrado doméstico, mientras hoy retrocede ante la inviolabilidad del derecho individual; la patria era el todo, el individuo nada; el mismo hombre se enagenaba á la sociedad; al paso que la asociacion moderna sólo pide al ciudadano lo que es indispensable para el orden: quiere que conserve su sér propio, y sabe que hay acciones malas en sí mismas, aunque no estén prohibidas. Era, pues, preciso en éstas el impulso de los grandes hombres, al paso que los nuestros caminan siempre adelante, hasta bajo el mando de imbéciles reyes y perversos jefes. En aquella el hombre se aísla: sostiene la sociedad de que es miembro, odiando á los demás; cree que el patriotismo consiste en aborrecer á todo el que ha nacido en otro pais, y la política en apoderarse del territorio ageno, sirviéndose de las poblaciones como de instrumentos de grandeza.

El espíritu de conquista no conoció otros límites que la posibilidad; Agesilao decia: «La frontera

de la Laconia comienza donde alcanzan las puntas de nuestras lanzas.» Para los romanos, el extranjero era un enemigo, y su condicion habitual la guerra; sus soldados hacian, pesadamente y cargados, largas marchas, sin otros viveres que un poco de harina para amasarla y hacer galletas, á las cuales acompañaban sebo ó manteca, algunas gotas de vinagre para mezclar con el agua que bebían; sin hospitales que les curasen sus enfermedades y heridas. Animados de un valor feroz, espuestos á excesivos sufrimientos, el hombre se endurecia contra sí mismo, y era de una aspereza cruel con respecto á los demás, llamaba heroismo á la carniceria después del combate y á la matanza de los pueblos desarmados. Los vencidos eran destruidos: los persas trasladan al corazon del Asia naciones enteras, judias ó griegas, así como los hebreos y los griegos habian anonadado las poblaciones anteriores; Roma estermina las civilizaciones florecientes de Etruria, Corinto, Cartago y Roma; el tratamiento que impone á la Grecia no cede en nada al que los otomanos han hecho sufrir á este pais.

Tantas calamidades constituian el fondo de las costumbres heroicas; y así debia suceder, atendiendo á que no habia otro derecho que el del concejo ó del Estado, al cual faltaba toda base moral, cuando el tipo de la existencia perfecta sólo se puede deducir de sus relaciones con el orden de todo lo creado. Entonces la antigüedad no le poseia, ó á lo más era conocido de los filósofos, sin descender á la conciencia de las masas, cuyos sentimientos engendran la sociabilidad y el derecho. Por esto es por lo que el derecho romano era una espresion rigurosa de las necesidades materiales de la asociacion, tal como existia, consagrando con una lógica inflexible hechos violentos y consecuencias monstruosas. La equidad, en lugar de presidir á ella, no se desliza allí sino furtivamente: lejos que el derecho natural sea su espresion, se llaman así las relaciones puramente instintivas de los seres animados, y al derecho de gentes y los usos comunes de las naciones. Coexistiendo con el derecho civil, se ponen trabas en lugar de limitarse, sin que una de ellas sea causa final, y por consecuencia regla superior á todas. La jurisprudencia dirá que el hombre es libre por el derecho natural; pero que se convierte legalmente en esclavo, que puede llegar á ser cosa por el derecho de gentes, y enemigo por el civil.

Al fin el Verbo se revela, tipo ideal y á la vez real de una existencia necesaria; mirando al cual el hombre concibe de él la perfeccion á que está destinada su naturaleza. De aquí procede la necesidad de conseguirla en la práctica de la vida. El cristiano creyó un deber el perfeccionarse siempre, sacrificarse mutuamente por Dios; creyó en la caridad como ley obligatoria y en una ciudad eterna de la que debia hacerse digno. Desde entonces la pura equidad, la fraternidad universal no fueron sueños, sino las bases de un estado normal, al cual

el hombre no puede ya renunciar sin cambiar de naturaleza; el orden civil no es ya un simple hecho necesario, sino obligatorio, como reflejado por el orden social perfecto, y bajo condicion de aproximarse más y más á su perfeccion y el derecho existe en tres elementos constitutivos, á saber: las reglas de pura equidad, código de la sociedad ideal; en los hechos sociales presentes, relacionados con aquel ideal; y su constante reforma para aproximarse progresivamente á la perfeccion.

La política humanizada.— En adelante la palabra *fraternidad*, que por la primera vez fué pronunciada en el cenáculo, resuena en los gabinetes; la atroz denominacion de *enemigos naturales* se ha borrado hasta de los inexorables libros de la diplomacia, y nadie pretende que el sol alumbré á un solo hombre con exclusion de los demás. Las nacionalidades son sagradas: el único objeto de la guerra es restablecer el derecho; el único efecto de la victoria, ganar la causa sostenida y preservarse de nuevas injurias. Si esto no sucede siempre, al menos se finge que es así; la violencia se cubre hasta con el pretexto de la legalidad, y los héroes, incensados y maldecidos á la vez, son felizmente una escepcion. Un general debia haber muerto lo menos diez mil hombres en una batalla campal, para obtener el triunfo; en el día alabamos al que ha conservado la vida de los hombres y evitado los sufrimientos: la guerra se hace entre los gobiernos y no entre las personas; la misma naturaleza de las armas evita el furor personal; y si para Roma era un caso escepcional el cerrar el templo de Jano, para nosotros es lo contrario. No se tienen las armas prontas sino para dar fuerza al derecho y seguridad á la moral, y las naciones están conformes en romper el carro del que amenaza á los demás sin motivo. Los que combaten no son ya los vasallos de un individuo, sino los representantes de una nacion; y aunque el derecho de la guerra aun se funda forzosamente en el estado natural que se presume del hombre, las propiedades se graban con impuestos, pero son respetadas; las personas sufren violencias como individuos, pero no en masa; el prisionero no se convierte en esclavo, sólo es custodiado para que no pueda dañar; y como en materia de suplicios, fué un progreso mutilar el cuerpo de los condenados, en lugar de destrozar vivos á los pacientes, asimismo la guerra se hace, pero profesando el deseo de la paz; ella misma contribuye á justificar la idea del poder público contra el privado, de tal manera, que del derecho de la guerra nace entre los modernos la idea de la cosa pública.

Tal vez llegará un tiempo (¿por qué arrebatarnos tan dulce ilusion?) en que no haya guerra entre los pueblos civilizados, y sí sólo una rivalidad de industria, una union general para avasallar á la naturaleza. A ello se dirigen las sociedades modernas, al paso que las antiguas tenian á oprobio el ejercicio de las fuerzas del hombre sobre la materia; hasta las artes no se perfeccionaban sino